Año II. Barcelona 1°. Enero 1899 Núm. 9.

LA VIDA GALANTE

Tan linda, tan coqueta,
¿y temes ir al baile descotada?
Necio pudor que el mundo no respeta.
¡Cuántos de tus amigos, Enriqueta,
te han desnudado ya con la mirada!

Manuel del PALACIO

15 CÉNTIMOS

© Biblioteca Nacional de España

Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como un anatema,
colgado en una pared....

Zorrilla.

¡El Año Nuevo está ahí!....

Faltan algunos minutos para las doce....

Desde el sillón en que estoy veo el reloj colocado en uno de los testeros de mi despacho y oigo el incesante tic-tac, de la péndola.

Cada golpecito indica la desaparición de un nuevo minuto, de un nuevo instante de vida; mis ojos no pueden seguir á las manecillas fatales en su imperceptible movimiento de avance, y sin embargo, ellas caminan hacia el porvenir con una impasibilidad que da frío.

Tic-tac, tic-tac....

El corazón palpita con su regularidad habitual, la sangre late en las sienes, el cerebro piensa y el hígado segrega bilis, las plantas descomponen el carbono del aire, el sol arde, el éter trasmite á través de los espacios infinitos la luz y la misteriosa atracción de los mundos, las estrellas prosiguen su marcha; todo camina, todo envejece, todo está sometido al ayer, al hoy y al mañana; es imposible detenerse y hay que seguir ese camino fatal, que no concluye nunca....

¿Conocéis el horrible misterio encerrado en esas tres palabras: *ayer*, *hoy* y *mañana*?....

Ayer.... es haber sido y no ser ya; lo que fué, lo pasado, lo que no tiene remedio, lo que no podrá tornar á ser nunca. Hoy.... es un instante, una ilusión, un presente que no lo es, porque siempre está pasando; *una realidad mentirosa que se desliza con la facilidad* de una sombra; una serie de segundos, de fracciones inapreciables de tiempo que marchan unas tras otras en vertiginosa carrera; un *no ser* que á la vez se va con lo que fué y llega con lo que está por venir. Y mañana.... es un problema, una incógnita que siempre aparece vestida de esperanzas, un signo de interrogación que se reproduce á cada nuevo día; una promesa, una ilusión que se acerca, llega y pasa dejando su puesto á otras ciento que huyen también.

No puedo resignarme á la idea de envejecer y de morir, y me desespera la indiferencia con que la humanidad se acerca á la muerte.

Esta idea ha llegado á constituir en mí una obsesión horrible; quisiera, aunque sólo fuese por pocas horas, sustraerme á la ley del tiempo y vivir un presente que no pasara; *pero mi espíritu y mi voluntad* son impotentes para contrarrestar la marcha invariable de las cosas; el corazón late, el cerebro discurre, la sangre continúa circulando por las arterias, el reloj sigue andando, andando.... tic-tac, tic-tac.

Así concluye este año y pasará también el año tres mil, si es que para entonces no se han roto los resortes del mundo; tic-tac, tic-tac....

¡Martilleo maldito!....

Nacemos.... La partera nos recibe en sus brazos, nuestros padres nos colman de caricias, se nos agasaja, se nos mima, se apunta la hora de nuestro nacimiento.

¡Qué instante tan feliz!

¡Qué día tan dichoso!....

Crecemos, y el lúgubre tic tac del reloj nos acompaña á través de la vida; pasa la niñez, se pierde la afición á los juegos infantiles, llega y pasa la juventud, se estropea el corazón, se apagan las pasiones y entramos en la vejez; y cuando por las noches nos acostamos á descansar de las fatigas de la jornada, quizá oigamos el tic-tac, tic-tac, del mismo reloj que marcó la hora de nuestro nacimiento, cuarenta, cincuenta, *sesenta años antes*.

Por eso cuando en el silencio de mis largas veladas oigo sonar la campana de algún reloj lejano que marca la desaparición de una hora, me *extremezco como* si doblasen á muerto.

¡Perdonen mis lectores y mis bellas lectoras, sobre todo!....

Pero.... este horror invencible que me inspira el tiempo me impide cumplir con la costumbre que todos tienen de felicitarse mutuamente por sus cumpleaños ó por la entrada de Año Nuevo.

La Vida Galante no puede hacer eso....

Yo no puedo hacerlo tampoco; no puedo congratularme de envejecer; si transijo con la moda, es por no llamar la atencion; y cuando llegan estos días de Pascua que los hombres convierten neciamente en días de fiesta, *enviaría á todos mis amigos* y conocidos una tarjeta de luto, que dijese:

[redacted]

«Tenemos un año *más*.... ó lo que es igual: un año *menos* de placer y de amor.... ¡Acompaño *á usted* en el sentimiento!....»

[redacted]

Juan de MAÑARA

NO ES SUEÑO

No es sueño, no es ficción, no es desvarío,
tu labio es el que siento
posarse ardiente sobre el labio mío;
es tu abrasado aliento
el que cual aura tropical me orea;
tu voz dulce y suave
es la que blanda á mi alrededor gorgea
como en la fronda el ave;
es tu talle gentil el que mi brazo
enamorado prende,
el divino calor de tu regazo
el fuego que me enciende;
de tu blondo cabello deslumbrante
empapado en aromas,
son los rizos que besan mi semblante
cual alas de palomas;
tu seno escultural es el que ondula
cual onda nacarada
y es tu pupila azul la que simula
la gloria en su mirada.

. . . . . .

¡Oh amor, oh dulce amor, yo te bendigo!
¡Oh dulce prenda mía
el placer es dolor sin tí, y contigo
el dolor, alegría!

Arturo REYES

© Biblioteca Nacional de España

El Ideal

I

La estupenda noticia de la fuga se propaló rápidamente de portería en taberna; las criadas la comentaban de balcón á balcón, y cuando en el barrio se supo que Cándido Melquiades había desaparecido con Felisa la bailarina, los vecinos más sensatos convinieron en que el mismo Diablo, en persona, *había echado tres gotitas de locura en* el último vaso de vino que bebió el pintor.

Felisa era un tabardillo, una hembra hermosísima, con un arte mundano adorable, y una conversación chispeante, saladísima; tenía, además, un carácter excéntrico de desquilibrada inglesa y una boquirrita monísima, que nunca se hartaba de pedir; era, en suma, amen de una mujer terriblemente guapa, una sangría suelta, un coche por horas. Fué á visitar á Melquiades porque quería hacerse un retrato; la apostura del pintor y su gracejo la cautivaron, y resolvió enloquecerle desde aquella primera entrevista; empresa facilísima para ella, porque las artistas viven á dos dedos de la locura.

Cándido Melquiades perdió inmediatamente la chabeta: se hincó de rodillas delante de ella para besarla los pies; dijo que la seguiría *más allá de la fúnebre tumba*, y otras exageraciones que aún serían de buen gusto, si los poetas románticos no hubiesen abusado de ellas inconsideradamente; y juró por la honradez de su apellido y los colores de su paleta, no abandonarla mientras le alentase la vida. Ella renunciaría á su agitada profesión de bailarina y él trabajaría para los dos; sería una existencia deliciosa de artistas que viven consagrados al amor de los sentidos y al cultivo del arte, siempre soñando y comiendo del importe metálico de sus ensueños. El ardor que puso Melquiades en sus palabras inflamó la fantasía de Felisa, atrayéndola con el imán de lo desconocido; y creyendo que la bohemia artística es de lo más divertido que á Dios le plugo echar sobre este mundo de dolores, para regocijo de desheredados, rescindió su contrata con el empresario del teatro en que trabajaba, y se fué á vivir con su amante una bohardi-

© Biblioteca Nacional de España

lla en donde tenían que entrar casi á gatas para no dejar los sesos en el montante de la puerta.

El idilio fué corto. A Felisa le interesó al principio la palidez enfermiza de Cándido, porque la atribuyó á su temperamento nervioso y al excesivo trabajo mental; pero cuando palpó la realidad y conoció las miserias del arte, sintió un súbito é invencible despego hacia aquella vida en que se trabaja mucho para ganar muy poco: le asustaba aquel porvenir angosto de modelo que espera obtener una inmortalidad inútil ante las generaciones futuras; y la idea de renunciar á los placeres que proporcionan los billetes de Banco, para apechugar con un modesto cocido y una corona de laurel, la inspiraba risa.

—¿Voy á vivir como una necia, condenada á tener el fementido mendrugo de cada día entre dos signos de interrogación?....—se acostó pensando Felisa una noche.

Y *al día siguiente, aprovechando una ausencia* de su amante, se marchó, dejándole sobre la mesa un papelito escrito con lápiz, en que le decía:

«Perdona estas veleidades de mi genio lunático; pero estoy cansada de *sufrir las gazuzas* de tu vida artística y vuelvo á mi antigua profesión. Continúa el cuadro que has empezado; creo que con él satisfarás la sed de gloria que te atormenta; yo soy cobarde y no tengo resignación para aguantar. Si, como espero, la suerte me ayuda y reconquisto mi viejo esplendor, y tú te encuentras en una situación difícil, no tengas empacho en acudir á tu Felisa, que de todo corazón te desea pesetas y laureles.»

II

Poco faltó para que Cándido,

> «....al ver de esta manera
> trocado el curso de *su* vida entera
> en un sueño tan breve....»

hiciese una tontería gorda, de esas que llevan derechitas al Camposanto. Se echaba sobre el lecho, mordiendo las sábanas y llamando á la muerte; ensució las paredes é inutilizó un rimero de cuartillas, escribiendo en todas partes el nombre de la ingrata: salió al tejado á invocar el aquilón; habló mal de las mujeres, llamándolas *esfinges devoradoras;* recitó versos y formó propósito firmísimo de dejarse morir de hambre....

Mas como no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, según enseña el adagio, resultó que al primer arrebato de celos sucedió un olvido reparador: todavía, cuando en sus tristes soledades de artista pobre evocaba el nombre de Felisa, los ojos se le arrasaban en lágrimas; pero el tiempo cumplía lentamente su bienhechora misión, y el doloroso recuerdo se iba amortiguando. Después, comprendiendo que los dulces sosiegos de la vida contemplativa no dan de comer, volvió á coger su paleta y sus pinceles, dispuesto á olvidar las caricias femeninas provocando las del arte, y á reponer su modestísimo peculio, harto maltrecho por los despilfarros de la bailarina.

Se preparaba una Exposición de pinturas, en la cual adjudicaban un premio al cuadro más notable que se presentase, y Melquiades quiso acometer la empresa, esperanzado con la idea de ponerse á flote de un solo esfuerzo.

Tenía un cuadro empezado; titulábase *La última noche de un soltero*, y el asunto era un hombre dormido, con los brazos cruzados detrás de la cabeza; delante del lecho y flotando en el luminoso vapor que envolvía sus pies, aparecía una figura de mujer, esbelta, pelinegra, cuya silueta se bosquejaba tímidamente bajo el finísimo cendal que la cubría.

El efecto de estas dos figuras estaba magistralmente calculado: sobre el fondo negro del lienzo se destacaba el semblante de él y la mitad del busto: era un hombre que representaba treinta años; con la frente despejada, la nariz aguileña, el color pálido, acusando todos los rasgos de aquel semblante varonil, un tipo judío de la más pura raza. Esta figura, en la que tal vez Cándido Melquiades quiso retratarse, dormía y soñaba con la mujer que tenía delante, cuya blanca silueta resaltaba con un violento escorzo. En esta mujer, el desdichado pintor que siempre procuraba hermanar sus trabajos artísticos con sus devaneos amorosos, había retratado á Felisa, y á este cuadro era al que aludía en su cruel epístola la frágil bailarina.

Melquiades había pintado á un hombre soñando en su última noche de soltero con la mujer con quien al siguiente día iba á desposarse: la mujer ideal, de pureza columbina, de ingenio sutil y cuerpo codiciable, objetivo supremo de sus aspiraciones. Esto lo empezó á pintar cuando ella todavía practicaba el poético *contigo pan y cebolla*, encontrando divertido y de una artística originalidad, aquello de dormir sobre un mal colchón de paja y sentarse á una mala mesa, delante de un cocido escuálido que hacía bostezar; cuando ella era una mujer buena y fiel, con pujos de Magdalena arrepentida. Pero como la catástrofe con que la ingratitud puso brusco fin á su amoroso idilio le sorprendió con el cuadro á medio concluir, al querer continuarlo, se quedó perplejo, comprendiendo que escoger á Felisa para modelo de la mujer ideal era, no el mayor, sino el máximo de los desatinos.

Casi estuvo á punto de renunciar á su obra; pero un romántico deseo de perpetuar aquel funesto amor, inmortalizando á la mujer querida, le retuvo; reanudó su tarea y en dos meses de trabajo el cuadro quedó terminado, aunque no á su gusto. A aquella mujer le faltaba el hálito divino que debe inspirar á los seres puros; la idealidad que él quería imprimirle.

En vano acudió al Museo, esperando encontrar lo que buscaba en los grandes maestros de las escuelas italiana ó flamenca. Tiziano tenía demasiado hollín en sus desnudos; Rubens y Rembrandt, abusaban inconsideradamente del carmín: las mujeres del pintor veneciano parecían Venus de barro; las de los artistas flamencos, figuras de alabastro, llenas de frioleros reflejos.

Faltaban pocas semanas para que terminase el plazo fijado para la admisión de cuadros, y Cándido Melquiades se desesperaba inútilmente, sin hallar el rasgo definitivo, la pincelada genial que había de dar personalidad á su creación: sus esfuerzos se estrellaban ante el retrato de Felisa; siempre era la bailarina caprichosa que le había burlado después de enloquecerle, y mofádose de su amor sin plata. Permanecía horas enteras sentado delante del caballete, con los brazos cruzados, renegando de su impotencia. El cuerpo de la mujer, objeto del ensueño, le satisfacía completamente: era un cuerpo soberbio, lleno de casta hermosura, en el cual la morbidez provocativa de la carne estaba discretamente velada por el cendal blanquísimo: todos los detalles estaban terminados y todos le satisfacían; el busto del hombre dormido, las arrugas de las colchas, los dibujos de la alfombra: nunca había acertado á pintar nada tan armónico ni tan gallardamente concluído; todo estaba bien.... menos la cabeza de Felisa.

Era una cabeza diabólica, en que resplandecían los atractivos de esa belleza que arrastra al abismo; con su frente pequeñita de gozadora; sus ojos grandes, entornados, bajo cuyas pestañas brillaban las pupilas con el fuego de una pasión voraz, inextingible; su na-

© Biblioteca Nacional de España

riz corta, dilatada por una aspiración de deseo no saciado; la boquirrita de labios carnosos, entreabierta, formulando un beso eterno, encendida por esa sensualidad que puso el pincel de Boticelli en las bocas de sus mujeres; la barbilla redonda, el semblante pálido de hembra nerviosa; la cabellera ondulante, formando un fondo negrísimo que avaloraba la palidez del rostro: cuanto más la retocaba, más lejos se hallaba del ideal abstracto que perseguía; y cada pincelada añadía un nuevo atractivo á aquella cabeza llena de pasión mundana, encarnación magnífica y palpitante del pecado, que se ponía á cien leguas del cielo y de la salvación....

Una tarde recibió la visita de un viejo marqués amigo suyo, que solía protegerle encargándole cuadros.

—¿Qué le sucede á usted, joven?....—preguntó el anciano, notando la turbación de Melquiades.

—Estoy desesperado, señor marqués.

—¡Hola!.... ¿No tiene usted dinero?....

—¡Ay!.... Me falta dinero é inspiración para seguir pintando. ¿Ve usted ese lienzo?....

—Me parece admirable.

—Pues á mí, no; no acierto á pintar lo que deseo; quise representar una mujer ideal y he pintado una bacante que huele á orgía....

El marqués, que se había retirado un poco para estudiar mejor el cuadro, exclamó de pronto:

—¿Cómo se llama este asunto?

—*La última noche de un soltero.*

—¡Bah!.... Pues quítele á esa figura la cabeza y titúlelo, *La mujer perfecta.*

—¡Que le quite la cabeza!—exclamó Melquiades estupefacto.

—Sí, hombre, sí; será una genialidad que seguramente ha de llamar la atención y que envuelve un alto sentido filosófico: la mujer perfecta no ha de tener más que corazón....

. . . . . .

El consejo del anciano marqués fué para Melquiades un rayo de milagrosa inspiración; aquella cabeza perturbadora, en que el infierno triunfaba, desapareció bajo un manchón de pintura negra.

El efecto que el cuadro causó en la Exposición fué indescriptible; el público se detenía asombrado ante el lienzo de *La mujer perfecta,* en el cual una imagen acéfala simbolizaba la perfección femenina.

Cándido Melquiades triunfó y el Jurado le adjudicó el primer premio.

Eduardo ZAMACOIS

Dudas

(De la novela «Dulce y sabrosa»)

....¿Cuál sería la que él utilizase de *modus vivendi* y como remedio pasajero á la soledad que le atormentaba? ¿A cuál de ellas se dirigiría?

¿A la encantadora Elvira? Cierto que tenía el cuerpo escultural, vivificado por venas azuladas que parecían serpear entre tibia carnosidad de rosas; mas su belleza estaba desvirtuada porque, teniendo el pelo negro como el menudo fruto de la hiedra, había dado en la estúpida manía de teñírselo de rubio-lino. Además era muy bestia, no podía sostener una conversación, y con ella el dúo del amor casi se convertía en triste soliloquio.

¿Enriqueta? Lánguida, esbelta, pálida y ojerosa, parecía sentimental y romántica; pero al comer devoraba, bebía como un tudesco y amaba con extremecimientos de epilepsia; pecar con ella no era rendir grato tributo á la Naturaleza, sino hacer un favor.

¿Flora? La cara valía poco; chatilla y morenucha; lo demás admirable; el pecho como de Venus Victoriosa, las caderas con curvas de ánfora, las piernas como de Diana cazadora; por mirarla desnudarse hubiera Orestes prescindido de su venganza. Luego no había que contar con ella: en la situación culminante del coloquio amoroso se quedaba insensible, entreteniéndose en seguir con la vista los dibujos del papel de la pared ó contando las estrías de las columnillas de la cama. Hacía concebir grandes esperanzas, y acababa prestándose al amor como á una servidumbre. Durante el prólogo, sus sonrisas eran un estímulo; después, una mueca de doloroso hastío.

¿Araceli? ¡Pobre muchacha! Tez de rosa enfermiza, piel dorada con reflejos de ámbar. Cuando se destrenzaba el pelo dejándolo caer suelto hebra á hebra en torno del cuerpo, envolviéndose en un manto de oro luminoso, parecía la diosa del pudor. ¿Por qué estaría siempre triste? Bajo los rasgos de lápiz azulado con que se agrandaba los ojos, brillaba humedad de lágrimas. ¿Qué habría en su alma? ¿laxitud de cortesana cansada, ó nostalgia de castidad atropellada?

¿Mercedes? La mentira en todo su esplendor. Afectaba exceso de pasión; una noche de caricias suyas rendía más que tres días de caza.

¿Alberta? El tipo de la gran señora frustrada; no era cortesana por miedo al trabajo, sino por ansia de brillar; hablaba inglés y francés; leía á Byron y Musset en el original; el membrete de sus cartas ostentaba este lema: *Una para todos y todos para una.* Sus manos eran de reina, sus pies de niña; los ojos como violetas claras mojadas de rocío.... pero tenía en su casa, para abrir la puerta, una hermana de dieciocho años, tísica, que daba compasión. ¡La antesala del placer parecía custodiada por el angel de la muerte!

¿Blanca? La hermosura sin alma, la coquetería sin delicadeza. Poseía la ciencia de vestirse é ignoraba el arte de desnudarse.

. . . . . .

Jacinto OCTAVIO PICÓN

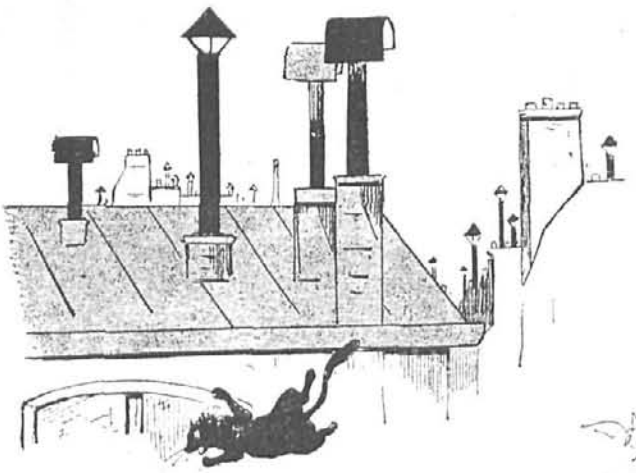
A PEPA

(traducción de T. Llorente.)

De noche, cuando en la muda
alcoba te dice adiós
tu madre, y medio desnuda
te inclinas, Pepa, sin duda
para encomendarte á Dios;
en esas horas benditas
que el infeliz busca y ama,
cuando, sin duelos ni cuitas,
la papalina te quitas
y miras bajo la cama;
cuando el sueño halagador
derrama sus sombras densas,
y todo duerme alrededor,
dime, Pepita, ¿en qué piensas?
dime, ¿en qué piensas, mi amor?
En la sublime heroína
de un drama, probablemente;
en esa magia divina
que la esperanza imagina
y la experiencia desmiente.
Acaso en un relamido
galán, atento y rendido;
quizá en pueriles visiones
de juguetes y bombones;
¡tal vez en un buen marido!
¿En qué piensas, niña? Di.
¿En tú ilusión adorada?
¿En el traje que hoy te vi?
¡Ay! quizás piensas en mí....
¡Quizá no pienses en nada!....

Alfredo de MUSSET

© Biblioteca Nacional de España



Zapirón, al querer saltar de un tejado á otro persiguiendo á la gata objeto de sus amorosos afanes, cayó á la calle.... Y al pasar con la rapidez de un bólido por el balcón de Filomena, se llevó de encuentro la jaula del canario y un tiesto de claveles.

....Todo siguió volteando por el espacio con vertiginosa rapidez y fué á estrellarse sobre la acera á tiempo que pasaba una joven acosada de cerca por *D. Teodoro, seductor irresistible.*

La impresión de la gentil perseguida fué tal, que cayó al suelo sin conocimiento, y mientras Filomena se desgañitaba pidiendo ¡socorro!.... el gato autor de todo aquel laberinto de cosas, escapaba por pies, y D. Teodoro se moría del susto... *(Historieta altamente filosófica, que enseña que no hay enemigo pequeño ni hecho insignificante.)*

© Biblioteca Nacional de España

¡Resurrexit!

....Avanzaban lentamente á lo largo de la alameda solitaria contemplando el paisaje entristecido por las brumas que hilaban sobre los campos los genios melancólicos de la noche. El sol se hundía allá, muy lejos, envuelto en un turbante de nubes que extendían sobre el horizonte un velo de neblinas sanguinolentas....

Ellos iban silenciosos, cohibidos por el poema de dolor cantado con notas y arpegios intraducibles por toda aquella Naturaleza moribunda. El cierzo agitaba las ramas escuetas de los árboles y las hojas secas caían al suelo con ese ruido seco, insólito, de los pajarillos agonizantes que se arrastran sobre la hierba.

—¿Para qué amarnos—preguntó la joven—si la primavera de nuestro cariño ha de tener como secuela fatal un invierno de desilusiones y de hastío?

—Pero, ¿es cierto que me amas, Mimí?....

—¡Oh, sí, mucho!... Te quiero con una pasión tenaz, firmísima, vestida con los hechizos de lo inextinguible....

—Amame, pues, y no dudes, norte de mi alma... ¡Amame!... Que quizás alcancemos la suprema ventura de que el fuego de nuestra pasión seque en pleno estío la flor de este cariño...

—¡Ah, soñador eterno!—repuso Mimí reclinando sobre el pecho de su amante su gentil cabeza;—¡cómo sabes recamar con oro y púrpura las inciertas lejanías del porvenir y conservar á despecho del tiempo la fábula de la juventud perdurable!.... Acuérdate de que mañana moriremos....

—¡Oh!... ¿Y qué importa?...

—¡Loco, loco!—repitió Mimí señalando al paisaje con un gesto vago;—¿no ves á la muerte triunfando siempre de la vida y del amor?....

El la había rodeado un brazo por la cintura, sin responder, oprimido por aquella pavorosa maldición del *No Ser*....

Y entonces, desgarrando el silencio del campo solitario se oyó una voz.... una voz misteriosa que parecía resonar en las ramas escuetas que el viento agitaba, y en las hojas amarillentas que yacían por el suelo, y entre las enredaderas secas que enlazaban sus flexibles tallos al tronco rugoso de las encinas

© Biblioteca Nacional de España

seculares, y entre las grietas de las piedras musgosas....

La voz de lo infinitamente pequeño, de todo lo que moría bajo el inmenso abovedado de aquel cielo invernoso, y que llegaba hasta los dos amantes como un vagido solemne del Cosmos que entonaba, bajo los postrimeros rayos del sol poniente, un *¡resurrexit!*.... conmovedor, admirable....

Y aquella Voz decía:

—¡Dichosos los que aman, dichosos los que tienen una alma joven que les comprende y unos labios frescos que canten las dulces endechas del poema de las pasiones mientras les brindan con la refinada miel del supremo deleite!.... El invierno aterido agarrota los miembros, enfría la sangre, paraliza los movimientos de la savia fecunda, enluta el cielo y cristaliza la vida en los surcos cubiertos con el helado ropaje de la nieve.... Pero este marasmo pasa y la naturaleza volverá de su letargo y se erguirá lozana y bravía como cadáver que despierta y rompe su sudario; y el sol tornará á lucir, y á teñirse de azul los cielos y las campiñas á cubrirse de ópimos frutos y de flores; y las tibias brisas primaverales volverán á murmujear en la espesura y los ruiseñores á entonar la eterna canción de sus amores.... Porque si la muerte se alimenta del amor, también el amor vive de la muerte, y no hay sepulcro que el estío no cubra de nardos, ni perfumes ni matices que no broten de esa hedionda setina en que se pudre todo lo que nace.... El amor triunfa siempre de la muerte.... ¡Dichosos los que aman....

Calló la voz, y Mimí que había comprendido los ecos de aquella canción intraducible, echó su cabeza hacia atrás y murmuró presentando á su amante su boca voraz de niña ardiente...:

—¡Oh, qué dulce quebranto!.... ¡Bésame, bésame aquí!....

Z.

¡OH, EL AMOR!....

Se miraron á un tiempo, con extrañeza;
los dos se contemplaron breves instantes;
él quedó enamorado de su belleza,
y ella quedó prendada de sus brillantes.

—

En varias ocasiones, después, se vieron;
ella siempre incitante, y él decidido;
una tarde de otoño se comprendieron,
y acordaron gozosos formar un nido.

—

Pero la dicha pasa con ligereza,
y al fin cesó el capricho de los amantes....
. . . . . .
El quedó enamorado de otra belleza,
y ella quedó prendada de otros brillantes....

Pedro SABAU

PÁGINAS DE MI VIDA

(Á GUISA DE PRÓLOGO)

He empezado á escribir muy tarde y este perezoso despertar de mi musa, unido á mis perentorios cuotidianos quehaceres de mujer casada y á que escribo por mero divertimiento y no por deber profesional, ha hecho que mi labor literaria sea muy pequeña. Algunos cuentecillos publicados sin firma en diferentes Revistas; recuerdos de viajes, perfiles autobiográficos.... poco más de nada.

Lo que me movió á tajarme una péñola y á echarme á vacar por los ópimos trigos de la amena literatura, no fué ninguna de esas magnéticas conmociones que anuncian el despertar de los genios en fárfara, ni el influjo de Mentores profetas de notabilidades en agraz, que me aconsejasen abrir la válvula de mi inspiración, ni ninguna de esas peregrinas contingencias que sirvieron para romper el zurrón que aprisionaba el genio de los varones más ilustres....

Arquímedes tuvo su baño, Galileo su lámpara, aquella *lámpara maravillosa* que le reveló las leyes del péndulo; Newton su manzana.... tan célebre como la famosa del pecado original....

A mí no me ha ocurrido nada semejante; y bien saben los altos cielos cuánto me contrista carecer de una leyenda que embellezca mis primeros pinitos de escritora. La causa eficiente que me lanzó á la brega literaria, pluma en ristre, fué vulgarísima, insignificante.... ¡Una carta!....

Una carta, sí; la primera, tal vez, que escribí al primer novio que tuve.

Me hallaba disponiendo mi equipaje á toda prisa porque aquella misma noche debía salir de Madrid para Portugalete, en donde mi marido y el mayor de mis hijos me aguardaban. El baúl ya estaba cerrado y preparadas las mantas de viaje; la doncella me acudía abrochándome las botas, poniéndome el abrigo....; y, entretanto, Emilia, la menor de mis hijas, iba y venía por la habitación aturrullándome con sus impertinencias de niña impaciente.—«¡Mamá, corre—repetía á cada momento—que se va el tren!»....

De pronto recuerdo que no llevaba ningún libro para distraer el fastidio del viaje, y entro precipitadamente en la biblioteca de mi marido. Busco un libro, una novela cualquiera, que no encuentro.... mientras Emilia me aburre tirándome de las faldas. Al fin me decido por un tomo de las *Novelas Ejemplares*, y al sacarlo del estante en que estaba colocado con otros muchos en severa formación, como veteranos que asistiesen á una gran parada, cayó al suelo otro volumen, *Pablo y Virginia*; el libro en que aprendí á leer cuando era niña.... Y de entre sus páginas se desprendió una hoja amarillenta de papel escrito con tinta que los años habían descolorido.... La carta de que antes hablé; aquella en que mi atrevimiento de niña había trazado con pulso inseguro los candorosos palotes de mi amor primero.

Permanecí un buen rato perpleja, sin oir ni ver nada; y luego, esclava de un capricho inexplicable, arrojé á Cervantes al fondo del armario y me llevé á Bernardino de Saint-Pièrre.

Más tarde, mientras Emilia dormía á pierna suelta sobre el muelle asiento del vagón, yo aspiraba con delicia las bocanadas de aire tibio que entraban por la ventanilla, y meditaba en la carta y en el libro que llevaba abiertos sobre la falda: en aquel libro y en aquella carta que resumían todos los afanes estudiantiles de mi niñez y las primeras inconveniencias que mi juventud arrancaron á mi femenil recato.

El billetito no tenía fecha, ni firma, ni iba dirigido á nadie. Decía así:

«No vengas porque esta noche mi mamá y Federica (mi tía) me llevan al teatro. No he podido evitarlo. Estoy desesperada. He llorado mucho. Mañana te aguardo á la hora de siempre. Adiós. Te quiero mucho, mucho, mucho....»

Y después había dos líneas de puntos suspensivos; costumbre que adquirí leyendo un novelón romántico al que me había suscripto contra toda la voluntad de mi padre, y cuyas entregas me echaban semanalmente por debajo de la puerta.

Mientras el tren corría, mi pensamiento volaba también repasando las dulces puerilidades del tiempo

© Biblioteca Nacional de España

viejo. ¡El libro, la carta!.... El libro que me enseñó á leer; la carta en que probaba á querer.... Aquello era el cinematógrafo de mi vida.

La impresión que experimenté leyendo los renglones del amoroso billetito fué tan grata, surgieron con tales visos de realidad y con tanto colorido las gayas remembranzas del ayer, que con soberano desprecio de las leyes cronológicas empecé á restarme años y á convertir en presente lo pretérito como por arte de birlibirloque y encantamiento.

Me vi pequeña, ir caminito del colegio, comiendo un pedazo de pan mientras le daba un último vistazo á la lección de Historia Sagrada: y luego me recordé ya mujer, frecuentando los salones aristocráticos adonde mi padre me llevaba y abandonándome con verdadera fruición á los placeres del baile....

Y no sucedió más: aquella noche germinó en mí la idea de escribir unas memorias autobiográficas. Porque, pensé: si un simple billete ha evocado en mí tan gratos recuerdos, la lectura de mi historia me causará inenarrable regocijo; y si tuviese abnegación, valor y talento suficientes para dar á mi tarea donoso remate y coronamiento, luego disfrutaría sobre todo encomio viéndome retratada física y moralmente en un libro que, sea cual fuese su mérito literario, había de vivir más que yo.

Aquel mismo verano puse manos á la obra y en menos de tres años pude ordenar mis recuerdos y exponerlos en la forma más adecuada que mis cortos alcances artísticos me lo permitieron. Ahora estoy suficientemente autorizada por mi edad para publicar estas confesiones: mi historia ha concluído ya, aunque mi vida dure aún. Mi verdadera vida, aquella que tuvo realidades, esperanzas, luchas; la vida, en fin, que mereció escribirse, ha concluído: mi ancianidad solo tiene recuerdos, y la vejez no es para mí la última fría etapa de la vida, sino el tibio prolegómeno de la muerte.

Como al componer estas páginas no busqué el lucro ni el aplauso de los críticos, y sí únicamente el gusto de aliviar mi ánimo de memorias y de pesadumbres inconfesadas, mis revelaciones tienen el mérito inconcuso de ser leales, y de estar sentidas y escritas con ese vigor que la verdad infunde aún en los artistas más desmañados.

Ya voy siendo vieja y puedo decirlo todo sin rebozo ni empacho; lo mismo mis victorias que mis errores.... Esto lo declaro sin pesadumbre, porque, ¡es muy grato querer, afanarse y vivir!.... Pero, ¡es tan dulce, también, tan voluptuoso, recordar lo que se ha amado, lo que se ha luchado y lo que se ha vivido!....

Este es, tal vez, el único deleite que la insolente y presumida juventud, no puede disputarle á la ancianidad.

Consuelo SANTOÑA

Madrid, Julio 1892.

Cuentos agenos

LA ROPA SUCIA

El lance, que fué famoso, extraordinario, ocurrió en Roma, la ciudad de los Papas. Allí vivía una lavandera que era la predilecta de todos los hogares; una lavandera disputada, más aún, mimada por todas las familias. Los servicios de Margarita, que así se llamaba la *princesa del enjabonado*, se pagaban muy bien por las más encopetadas señoras.—¡Oh, Margarita!—decían muchas damas de ilustre abolengo;—ninguna como ella para dejar la ropa blanca, igual que el ampo de la nieve. ¡Qué puños tiene, cómo aprieta y qué restregones tan fuertes los suyos!....

Por supuesto, que con solo ver á Margarita se comprendía que fuese una lavandera inimitable. Alta, erguida, de hombros anchos, brazos recios y fuerte musculatura, más parecía un suizo de la guardia del Pontífice que una infeliz trabajadora. En su rostro había señales que delataban las delicadezas propias de su sexo. Aquellos ojos negros rasgados, brillantes, hablaban de amor: la boca plegada, de labios finos y sonrosados, parecía fabricada para expresar ternezas. Margarita era, además de una sirviente excepcional en su clase, una mujer guapa y garrida á carta cabal.

Empezó su oficio á los quince ó dieciseis años, y lo empezó teorizando; que hasta en eso de lavar caben las teorías, cuando están bien aplicadas. La ropa sucia —decía Margarita—debe lavarse en casa; en ninguna otra parte queda mejor, y además se evitan curiosidades impertinentes y comentarios indiscretos.

Margarita empezó á ir á las casas y en todas partes adquirió merecido renombre. Las doncellas defendían á Margarita, y las señoras lo mismo: de suerte que Margarita ganaba cuanto quería, y también iba de uno en otro palacio, según su antojo, y hasta parecía algo amiga de algunas muy ilustres señoronas de la corte.

En aquella sazón vivía en Roma la princesa de Frascheti, rubia adorable, ideal, con los ojos claros como el cielo de un amanecer primaveral, y el pelo rubio como rayos de sol. El príncipe Frascheti era un viejo gruñón y celoso, extremadamente celoso. Para evitar las miradas que los galanes dirigían á la princesa, y burlar riesgos mayores y muy posibles, prohibió en absoluto á su mujer el que saliese á la calle. Despidió á sus criados, sustituyéndoles por mujeres viejas como él, con trazas de brujas, y convirtió su señorial mansión en una especie de castillo encantado, cárcel de la hechicera rubia destinada á no gozar del mundo y á consumir su hermosura en aquellos solitarios salones, en los cuales acabaría por morir de aburrimiento, de frío en el alma.

Dijéronle cierto día al príncipe que su mujer recibía billetes amorosos.—¿Pero, cómo?—preguntó—¿dónde?—Pues, en los cestos de la ropa limpia que las lavanderas devuelven, van escondidas cartas dulces y sentidas.—¿Sí?—exclamó el príncipe—pues ya no volverán á sacar ropa de mi casa.... Y enseguida dispuso que la lavandera fuese á su palacio en los días precisos.

Y como era lógico, llamaron á Margarita. Acudió la célebre lavandera, y en casa de los príncipes Frascheti fué tan bien recibida como en otros lugares principalísimos también. Sobre todo, la princesa quedó prendada de las cualidades de Margarita.—¡Cuánto me alegro de vuestra determinación!—dijo al príncipe su consorte;—con esa muchacha que ha venido queda mi ropa mucho mejor, y hasta yo misma, que jamás tuve afición á ciertas bajas ocupaciones, huélgome mucho ahora de acompañar en sus faenas á la lavandera. Es muy primorosa, muy alegre. Me regocija el alma con su charla continua y sus ocurrencias.

—Tate—pensó el príncipe;—esta Margarita se ha prestado á ser encubridora de mi esposa y por eso la complace tanto. Evitaré el peligro.

Y dispuso el príncipe que si Margarita quería seguir al servicio de su señora la princesa, había de acomodarse á vivir en aquel hogar del cual quedaba prohibida en absoluto la salida.

Margarita contestó que de muy buen grado se quedaría encerrada como las demás sirvientes y la dueña de aquella mansión; que era tanto el afecto y la leal-

© Biblioteca Nacional de España

tad que la inspiraba su señora, que por ella se sacrificaba á vivir entre cuatro paredes.

Cuando supo esto la princesa no disimuló su regocijo, y el príncipe descansó.

Apenas corrió entre las mujeres de Roma la noticia de que la famosa lavandera se habia quedado al servicio de los príncipes Frascheti, se alarmaron mucho, y hasta se propasaron á hablar de perfidias y de ingratitudes.

El caso fué que en cierto día el conde Asti habló con el príncipe Frascheti, en los siguientes términos:

—Permitidme, príncipe, que un hombre de mi linaje entretenga vuestra atención con asuntos de poco momento.

—¿De qué vais á hablarme?

—De vuestra lavandera.

—¡Cómo! ¡Me asombráis!

—Sabed que he descubierto un gran secreto que conviene á todos conocer, porque mucha parte de la nobleza romana ha sido víctima de un engaño cruelísimo.

—Proseguid, proseguid, conde.

—Margarita, la célebre lavandera, no es tal Margarita ni es tal lavandera.

—Entonces ¿es....?

—Lavandero. Es un joven disfrazado de mujer desde hace algunos años.

—¡Así dejaba tan blanca la ropa!

—Mientras acudió á varias casas que se disputaban sus servicios, no pudo descubrirse la superchería; hoy han cambiado las cosas....

Los dos aristócratas entregaron á la justicia á la supuesta Margarita. La princesa lloró al ver redoblados los celos del príncipe, el cual dijo:—¡No me sirvió que la lavandera viniese aquí! Pues bien, para evitarme disgustos y deseando que mi hogar no tenga ninguna comunicación con el mundo, ni aún con los lavanderos, he dispuesto.... ¡que llevemos siempre la ropa sucia!....

M. de la ROCHE

CANTARES

Ojalá que enjugarte,
mi bien pudiera
las lágrimas que viertes
porque te quieran.

—

Procuro sonreirme
cuando te veo,
mas aunque lo procuro
sonreir no puedo.

© Biblioteca Nacional de España

EL PERRO DEL HORTELANO

I

Rosario Cienfuegos
es una muchacha
de gracias emporio,
gentil, vivaracha.
Andrés Níporesas
es hombre machucho,
corrido en exceso
y en amores ducho;
la chica es morena,
sus labios de grana,
los ojos rasgados
como una gitana,
la boca pequeña,
los dientes chiquitos,
¡qué busto, qué manos
y qué piececitos!....
Y es tal su donaire,
su encanto y bondad,
que causa el asombro
de la vecindad.
. . . . . .

II

Hicieron la boda,
y el barrio decía
que el novio á la novia
martirizaría.
Rosario es fogosa
y Andrés, tan celoso,
pensando en aquello
del «hombre y el oso»....
persigue á su esposa
si sale de casa,
la atisba, la acecha,
maldice y se abrasa.
Si algún transeunte
la mira atrevido,
Andrés se le acerca
lanzando un bufido;
si la echan requiebros
termina la acción
á palos ó á tiros
y *en la prevención*.

—

Rosario está triste;
¿qué tiene Rosario?
¿Le falta cariño?
¡Es extraordinario!
Andrés no sosiega
rabioso de celos,
la guarda con llaves,
se arranca los pelos,
la sigue á la sala,
la *sigue á la mesa*,
y el pobre no come,
ni bebe, ni besa.

—

Le llaman los mozos
«marido ilusorio,
espía, verdugo,
mastín, purgatorio»....
y dicen las mozas
que Andrés ha de ser....
el can que no come
ni deja comer.

Roberto de PALACIO

En un museo de pinturas.

Ella.—¡Qué vergüenza!.... No sé cómo hay mujeres capaces de retratarse desnudas.

El esposo filosofando:

—¡Toma, toma!.... Hay coqueta que gasta un capital en retratarse, y ni siquiera se acuerda de comprar una camisa.

En un *restaurant*.

El caballero:—¡Mozo!.... ¿Tiene usted algún gabinetito reservado?

—Sí, señor—responde el camarero haciéndose cargo de la situación.

—Pero, muy reservado, muy reservado, ¿eh?.... Porque, la verdad, (añadió bajando la voz) me da vergüenza de que me vean con una mujer tan fea.

Mamá suegra está muy enferma. El yerno pregunta al médico que sale de la alcoba.

—¿Cómo sigue?

—¡Ah! Revístase usted de abnegación, amigo mío, —le dice el doctor—el temple de alma y la resignación se demuestran en las ocasiones difíciles.

—¿Se muere?

—No; está salvada.

—¿Por quién va usted de luto?

—Por mi suegra.

—¿Ha muerto?

—¡Ca! mucho peor; se ha venido á vivir con nosotros.

Una coqueta exclamaba mirándose al espejo:

—¡Oh!.... ¡Cómo envidio al hombre que me ha de tener por esposa!

Una joven muy hermosa estaba desesperada porque iban á casarla con un hombre muy feo; y como el día, víspera de la boda, su novio la enviase dos magníficos regalos, una amiga la dijo:

—Vamos, queridita.... No podrás negarme que el *presente* hace perdonar al *futuro*.

Mucho más locas las viejas
son en Madrid que las mozas;
y es natural, porque llevan
muchos más años de locas.

Un gato en un tejado
esperando á su gata murió helado.
¡Y alguno habrá tan ciego
que quiera sostener que amor es fuego!....

«No vayas—¡oh inhábil piloto!—decía Ovidio—bogando á toda vela para dejar atrás á tu amante, y no toleres tampoco que ella te adelante. ¡Bogad á la par! El placer sólo es perfecto cuando, igualmente vencidos el hombre y la mujer, rinden al mismo tiempo sus armas.»

—Yo supongo, teniendo en cuenta la gravedad de la ofensa, que don Pedro se batirá.

—No, ¡imposible!

—¿Cómo?.... ¡Después de haber dado una bofetada!....

—Digo, que nó; le conozco bien.

—¿Presentará excusas?

—Tampoco.

—Pues no me explico...

—Es casero.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Que, en calidad de tal, se niega á toda clase de *reparaciones*....

Coqueteos.

—Tiene usted, baronesa, los ojos más hermosos que un amanecer, y las megillas más frescas que un jardín de Valencia.

—¡*Jesús, qué flores tan mal empleadas!* ¿No ve usted que voy siendo vieja?.... Mire, mire usted el anuncio, ya tengo una arruga en el rostro; fíjese bien, aquí....

—¡Oh, eso no es arruga!—repuso el galán;—es una sonrisa que se ha quedado entretenida.

R. S. López, Impresor.

© Biblioteca Nacional de España

PROGRESOS DEL FEMINISMO

—

El Don Juan de

1899

Chocolate JUNCOSA

FERNANDO VII, NÚM. 10.—BARCELONA

Exportación á provincias y Ultramar

Enfermedades secretas y herpes

Su curación es pronta, segura y radical por crónica que sea la enfermedad, con un tratamiento inofensivo y eficaz.

Dirigirse: Aribau, 12, farmacia. Barcelona.

PEDID EL CATÁLOGO DE NUESTROS LIBROS FESTIVOS

© Biblioteca Nacional de España